

este período napoleónico, en el que el clásico más estrecho parece dominar, es precisamente el momento en que el romanticismo se forma en realidad, no sólo por Madama Staël y Chateaubriand, que fueron los iniciadores oficiales, si así cabe decirlo, sino por gran número de autores, muchos de los cuales pertenecían al campo opuesto. Entonces fué cuando los escritores comenzaron á beber con regularidad é insistencia en las fuentes que debían regenerar la poesía y la prosa francesa, y entonces comenzaron también á despertar sentimientos que el romanticismo explotó preferentemente, exaltándolos con este motivo (1). Existe la vulgar creencia de que la vida de un monumento arranca del día de su inauguración y el honor de haberlo construído se concede al que sólo levantó ó decoró la fachada. Los escritores de esta época habrían podido, en verdad, sacar mejor partido de los elementos de que disponían, y no es nuestro ánimo rehabilitar aquí su talento. Los románticos tuvieron á gala criticar el estilo vago y diluído, que huye de las palabras justas para ir en pos de falsas elegancias y de vagas declamaciones, pero no hicieron con frecuencia más que resolver los asuntos de sus predecesores tan criticados.

La violencia de las agitaciones políticas, los peligros y los sufrimientos de la guerra extranjera, mezclándose con la civil, la gloria y los hechos heroicos, la esperanza unida á las grandes catástrofes, removieron los espíritus hasta el fondo y les dieron algo de aquella tormentosa agitación que torturara muchas veces en vano á la generación menos sanguínea y más nerviosa de los *hijos del siglo* (2). Todo esto tiende á dar á la literatura mayor vida y acción, haciéndola partícipe de las emociones contemporáneas. De la elocuencia fogosa al lirismo no hay más que un paso. ¿Hemos de recordar la profunda influencia que ya había ejercido no tan sólo en Francia, sino en la misma Alemania, Juan Jacobo Rousseau? ¿Necesitamos ver en él al precursor de

(1) Buena prueba de que una gran parte del público era adicta á los novatores, es la rapidez verdaderamente asombrosa del triunfo de Chateaubriand. Desde el primer momento pasó á la categoría de maestro en el sentido literario. En las *Lecciones de Literatura*, de Noël y Laplace, colección oficial de trozos escogidos, hecha por dos elevados funcionarios de la Universidad imperial (edición de 1811), Chateaubriand, aunque enemigo declarado del gobierno de entonces, ocupa el mismo número de páginas que Bossuet.

(2) Véase el principio de la *Confesión de un hijo del siglo*, de A. de Musset.

Chateaubriand por haber dado entrada en la literatura á la naturaleza al lado del hombre y por haberla asociado á todos los movimientos de nuestra alma? Pues Rousseau está aún representado en la literatura de los primeros años del siglo XIX por Bernardino de Saint-Pierre, su discípulo más directo.

¿Delille, en el fondo, hizo otra cosa que dar carta de ciudadanía en la poesía á *los tres reinos de la naturaleza*? La berza y el nabo podrán quejarse de haber sido olvidados, pero, en cambio, ¡cuántas otras modestas criaturas pueden estar reconocidas al poeta por la imprevista honra que les dispensó! Gracias á su perseverancia en hacer intervenir en sus poesías una multitud de objetos y de seres variadísimos, Delille ejerció una influencia que nos parece verdadera, y que tal vez ha sido importante, aunque velada, sobre el romanticismo. Delille se limita á la descripción superficial, por detalles que se suceden con verdadero ingenio, pero de una manera fría y falto de vida, sin penetrar en el fondo de las cosas, tratando únicamente de pintar con medias tintas; hizo lo que pudo, en una palabra. Vendrá Víctor Hugo y sabrá evocar imágenes ante nosotros y asociarlas á las emociones del espíritu. Pero de la descripción á la imagen media una gran diferencia de ingenio. La imagen es también una descripción, pero una descripción condensada y luminosa: el romanticismo tendrá su Delille en Teófilo Gauthier, cuyas obras demostrarán palpablemente lo que el romanticismo haya podido deber á la poesía de Delille y en qué se diferencia de ella (1).

El mismo Víctor Hugo ha seguido en más de una ocasión las huellas de Delille, como cuando, refiriéndose á un reloj que toca las horas por la noche, nos presenta á París

*Laissant, sans les compter, passer les heures noires
Qui, douze fois semant les rêves illusoires,
S'envolent des clochers par groupes inégaux* (*)

(1) No es de este sitio tratar á fondo la cuestión sobre la influencia de Delille en el romanticismo, cuestión perfectamente tratada por M. F. Brunetière (*La evolución de la poesía lírica en Francia*, tomo I, pág. 98), con la autoridad que reviste todo cuanto escribe.

(*) «Dejando, sin contarlas, pasar las negras horas,—que sembrando doce veces los sueños engañosos,—salen del campanario en grupos desiguales.»

No pretendemos afirmar que Delille haya sido completamente incapaz para escribir versos parecidos (1). Pero no se nos podrá tachar de maliciosos al hacer constar, con M. Brunetière, que Víctor Hugo, en su juventud, tenía en mucho aprecio á Delille, y que en *El conservador literario* no le reprobó más que ser demasiado aficionado á la antítesis. Así Víctor Hugo criticó á Delille por este vicio, que era en el que más incurrieran todos los románticos y especialmente el autor de *Las Orientales*.

Delille, en sus composiciones, pasea á sus lectores por diversos países, que en su mayoría no había visitado. Pero las guerras de la Revolución y del Imperio iban á dar á conocer á Francia innumerables regiones, respecto de las cuales no se había preocupado hasta entonces. Muchos las vieron y todos oyeron á algún pariente ó amigo hablar de ellas y referir los hechos que él ó sus compañeros realizaron. La expedición á Egipto, particularmente, impresionó los ánimos y contribuyó casi tanto como las descripciones de América, por Chateaubriand, á extender en la literatura francesa el gusto á lo exótico, al color y á la luz (2).

(1) Podrían citarse, á propósito de estos versos de Víctor Hugo, muchos otros de distintos poetas que se han ocupado también del vulgar asunto del reloj. Por ejemplo, Andrés Chénier:

Peut-être avant que l'heure en cercle promenée
Ait posé sur l'émail brillant,
Dans les soixante pas où sa course est bornée,
Son pied sonore et vigilant,
Le sommeil du tombeau fermera ma paupière (*).

Esta imagen parece á su vez que inspiró á Alfredo de Vigny en *Dolorida*.

Mais ses yeux sont ouverts et bien du temps a fui
Depuis que sur l'émail dans ses douze demeures
Ils suivent le compas qui tourne avec les heures (**).

(2) Delille cantó la luz en unos versos que se cuentan entre los mejores que compuso. La luz, dijo:

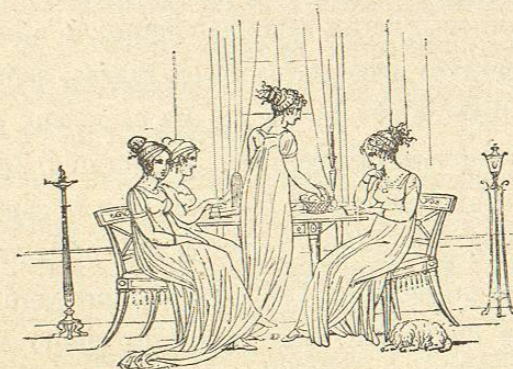
Inonde incessamment des régions sans nombre
Et, traversant d'un trait le royaume de l'ombre,
Du trône ardent du jour prend un essor pareil
Au coup d'œil de ce Dieu qui crea le soleil (***)

(*) «Tal vez antes que la hora, al pasearse por el círculo, — haya puesto sobre la brillante esfera, — en los sesenta pasos de su limitada carrera, su sonoro y vigilante pie, — el sueño de la tumba cerrará mis párpados.»

(**) «Pero sus ojos permanecen abiertos, y mucho tiempo ha pasado — desde que sobre la esfera, en sus doce viviendas, — siguen su compás girando al par de las horas»

(***) «Inunda sin cesar innumerables regiones — y atravesando de golpe el reino de la sombra, — del ardiente solio del día toma un brillo parecido — á la mirada del Dios que creó el sol.»

Marchó de acuerdo este sentimiento con la tendencia cada día más marcada de los escritores franceses hacia el estudio de las literaturas extranjeras. Las imitaciones de Shakespeare por Ducis, el éxito de las novelas de Richardson, Fielding y Sterne, que no sólo se tradujeron, sino que se adaptaron al teatro nacional, prueban que Inglaterra había tomado carta de naturaleza en Francia. Alemania comenzó á su vez á llamar la atención de todos; la obra de madama de Staël indujo á muchos á su estudio, y el mismo José Chénier, el implacable censor de *Atala*, el clásico endurecido, imitó el *Nathán el prudente*, de Lessing, y el *Werther* se tradujo al francés, como hemos



La mesa de trabajo

visto ya. Hasta madama Cottin no se buscaron las heroínas de las novelas «en las heladas llanuras de Siberia» ó «en las abrasadoras arenas del desierto de Siria.» Estudiemos ahora lo que podríamos llamar elementos históricos del romanticismo.

A primera vista parece que lo principal en este punto, si no el todo, el romanticismo consistió en substituir la Edad antigua por la Edad media, como fuente de inspiración artística ó literaria. Precisamente en el período napoleónico la Edad media, por tanto tiempo olvidada ó despreciada, empezó á inspirar simpatías y hasta ponerse de moda en varios círculos literarios y en las reuniones de sociedad (1). En verdad es notable que, particularmente en las artes del dibujo, los maestros continuaran aferrados al clasicismo, en el sentido más estre-

(1) Respecto á este punto deberíamos remontarnos hasta Voltaire y recordar *Zaida*, *Tancredo*, *Adelaida* y *Duguesclín*.